

# EL AGLIPAYANISMO ES HEREJIA

(Continuación.)

## ¿Para que fin ha sido criado el hombre?

### AGLIPAYANISMO; NO.

(Catequesis pág. 39)... nos colocó (Dios) en la tierra para desempeñar nuestra misión de *contribuir* dentro de nuestra respectiva esfera de acción al *Progreso universal*;... con la elevadísima e instintiva aspiración a continuar *nuestro* progresivo *mejoramiento* en las *sucesivas vidas* o transformaciones a que estamos *sometidos* por la universal y eterna ley de la naturaleza... Creo que el Hacedor... me protegerá a mi muerte; y como lo prueban las ciencias modernas, no despareceré para siempre, sino sólo *me he de transformar*. Amén.

### CATOLICISMO; SI.

¿Para qué fin ha sido criado el hombre?— El hombre ha sido criado para amar y servir a Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra. (Catecismo).

La elevación y exaltación de la naturaleza humana a la participación de la naturaleza divina, no se ha de llamar *natural*, sino *sobrenatural*. El don de la inmortalidad no se concedió al primer hombre por su condición natural, sino por un beneficio de la gracia. (Contra Bayo, S. Pío V, 1572).

## ¿Hay otra vida eterna?

### AGLIPAYANISMO; NO.

(pág. 31). Las ciencias experimentales demuestran plausiblemente que *podimos haber venido de los brutos*, y por analogía nuestras almas *podrían venir de la reencarnación de las almas* de los brutos... z

¿Qué es del hombre después de su muerte?... la parte material queda en la tierra, según sus diversos componentes, y *su energía queda en la atmósfera*.

Al morir, pues, un hombre su espíritu o energía *debe volatilizarse*, y volver dentro de la misma *atmósfera*, al principio o *depósito* de vidas y energías de la electricidad, de magnetismo, etc.

(pág. 32)... *probablemente* irán los muertos a otra vida superior.

### CATOLICISMO; SI.

Creo... en la resurrección de la carne y *la vida perdurable*. (Credo).

E irán estos (los malos) al *suplicio eterno*, y los justos a la *vida eterna*. (S. Mateo, c. 25, v. 46).

Si alguno dijere que los justos por las buenas obras que hayan hecho según Dios, no deben aguardar, ni esperar de Dios *retribución eterna* por su misericordia y los méritos de Jesucristo, si perseveraren hasta la muerte obrando bien y observando los mandamientos divinos, sea excomulgado. (Concilio Trid. ses. 6a. de cr. 26).

Yo soy la *resurrección* y la vida: quien cree en mí, *aunque hubiere muerto, vivirá*. Y todo aquel que vive y cree en mí, *no morirá para siempre*. (S. Juan, c. 11, v. 25 y 26).

# AL MARGEN DE LA VIDA

DESENCANTOS

¡Qué dulce bálsamo destilaban en su atribulado corazón aquellas palabras que acababa de leer!... "Y la esperanza, que es el consuelo de un bien futuro dulcificaba en su corazón el recuerdo, que es la tristeza de un bien pasado."

Así decía aquel libro, que algún geniecillo bondadoso de esos que dicen los poetas que protegen a la juventud cuando penetra por el florido sendero del amor, había

pueto sin duda en sus manos en aquella hora de nostálgicas evocaciones que acibaraban más y más la tristeza de su bien pasado.

Y cerró el libro... y apoyada blanda y perezosamente en el marco de la ventana, clavó su vista en el pedazo de raso azul celeste, que confundíendose con el mar desde ella se divisaba, cual si quisiera penetrar en la región de los hondos misteriosos secretos que tras la azul cortina se

ocultan... y dejó volar la fantasía por el bello país del ensueño, en el que aquellos mismos geniecillos bondadosos fabrican palacios encantados de cristal para sus protegidos... y añoró muchas cosas evocó muchos recuerdos, soñó mucho...

Esperaría, sí, esperaría... tenía derecho a esperar.

Y en aquella hora melancólica del crepúsculo, cuando las aves se recogían presurosas en sus blandos nidos, y las flores cerraban sus corolas para guardar amorosamente el último beso del sol que el otro día añadiría un encanto más a su belleza y en el plácido ambiente se escuchaban murmurios de aladas canciones y titilaban ya las primeras estrellas, cual lámparas inmortales colgadas del firmamento por la mano del artífice soberano, la esperanza, bálsamo consolador de la humanidad, inundó su tez ebúrnea, besada castamente por la brisa, de una melancólica alegría.

Esperaría, sí, esperaría... tenía derecho a esperar. Y esta esperanza, consuelo de futuros bienes, anuncio de felices horas, presagio de venturas regaladas, enchida de doradas y acariciadoras ilusiones, dulcificó en su corazón el recuerdo de lo que fué y ya no era, la tristeza de los bienes perdidos, la nostalgia, la eterna nostalgia de aquella felicidad color de rosa que un día llegó a aposentarse en el alma, imaginando que ya no se ausentaría jamás.

La noche la sorprendió apoyada todavía blanda y pezonesamente en el marco de la ventana; y la luna,

Astro de paz, belleza de consuelo,  
antorcha celestial de los amores,

como la llamó el poeta, la envolvió con sus rayo plateados, cual si quisiera anunciarle la realización no lejana de sus bellas esperanzas.

Y diz que aquella noche al alejarse de lavantana, llena de esperanza en su esperanza, preliúdo en el piano, mudo y callado hacía tanto tiempo en el ángulo del salón, aquella sinfonía, mágica evocadora de la imágen de aquel que, al escucharla un día, trémulo de emoción, murmuró a su oído unas palabras que llenaron su corazón de armonías y resonancias jamás sospechadas. Y sonrió... a la imágen?... a las armonías que realizaban de nuevo en su corazón?...

Y diz que aquella noche, aquellos mismos geniecillos bondadosos velaron su sueño tranquilo de niño, matizándolo con rientes visiones e imágenes halagüeñas.

Esperaría sí, esperaría... tenía derecho a esperar.

Y esperaría además por eso... porque para ella era una necesidad esperar; porque su corazón, y con el todos sus afectos y todos sus sentimientos y todas sus aspiraciones, no podía latir sino al unísono del corazón de él; porque necesitaba de él para hacer, feliz en cuanto cabe, la jornada del camino de la vida, por el que tenía miedo penetrar sola, sin su ayuda y protección, sin su amorosa providencia; porque por él había sentido y llegado a comprender la hermosura, la belleza del vivir, del vivir que antes no había tenido encantos para ella.

¡Oh!, cómo se acordaba ella!... Se lo confesó a él en íntima confianza, compendiado en una sola frase. "Tu has elevado mi alma: todo te lo debo."

¡Oh! sí, cómo se acordaba ella!... Y como este recuerdo, que siempre lo llevaba esculpido en su corazón como un mudo testigo de sus penas y amarguras, iba más y más acrecentándose a medida que la esperanza renacía en su pecho!...

Fué un día de Mayo caluroso: no obstante aquella tarde había en el ambiente brisas refrigeradoras y embriagadores perfumes.

En el aburrido y prosaico vivir de los galanes y doncellas de la clase semiaristócrata el verano abre un luminoso e inolvidable paréntesis de venturas: es entonces cuando se organizan esas giras, esas campestres excursiones a las vecinas montañas en busca de aires puros y embalsamados que nos alivien del sofocante calor y de gratas

y dulces emociones que pongan un átomo de poesía en el monótono rodar de nuestra existencia: el hada de la ilusión guía por las umbrías de los bosques a esos galanes y doncellas, cuyos corazones empiezan a abrirse a las caricias de la vida. ¡Cuántos idilios, cuántos ensueños se forman entonces, que son más tarde arastrados por el viento de la indiferencia o desilusión! Hay veces en que esas excursiones señalan una fecha memorable en nuestro Diario íntimo.

Pues algo de esto le sucedió a ella: la excursión de aquella tarde abrió un luminoso paréntesis en su vida, señaló una fecha memorable en su Diario íntimo. Salíó con sus amigas, con aquella amiga sobre todo, a cuya bondad y ternura había confiado más de un secreto, de esos secretos de niña ingenua que dibujjan una placentera sonrisa en los labios de los grandes, pero que encarnan para ella un mundo de cosas.

Y jugaron y saltaron y rieron y se divertieron mucho... es decir creyeron que se habían divertido mucho. Ella gozó, sí, gozó mucho. ¡Y apenas si tomó parte en las ruidosas espansiones!

Pero... es que fué entonces cuando conoció a él. El hada de la ilusión la guió por las umbrías del bosque y aquellos geniecillos bondadosos pusieron a él en el camino. Un encuentro fortuito, mas al pasar hablaron sus ojos, hablaron sus corazones.

Quando al morir de la tarde tornaron todas a la ciudad, entre festivas risas y alegres canciones, jurara ella que era más azul el firmamento, y que resplandecían más las estrellas en el cielo y, que estaba más perfumado el ambiente y que eran angeles los chiquillos que vitoreaban el paso vertiginoso de los autos que las conducían y que todas las cosas tenían otro color y todos los ruidos otra música distinta de antes y... que era más bella y hermosa la vida.

Después llegó a verlo varias veces, en otras excursiones, en paseos, en calles y... lo quiso desde lejos. El la miraba siempre y sonreía. Más tarde se hablaron, se comprendieron y se amaron. Y él bueno, muy bueno, formal, muy formal—como solía decirle ella a su amiga—fué moldeando su alma para depositar en ella la felicidad que le quería dar.

Un día, en una reunión tuvieron un pequeño disgusto, una futesa, una ñoñada; se resintió un poco el amor propio de ambos y se volvieron la espalda, pero ambos también deseaban una pronta reconciliación.

Si llora, pensó él—la perdono.

Si habla,—pensaba ella—le perdono.

Y ni ella lloró, ni habló él tampoco. Al otro día no lo vió en el sitio de costumbre y ya no volvió a verlo más.

Pero esperaba, sí, esperaría, tenía derecho a esperar. ¿No le había él prometido mil veces que no la olvidaría jamás?... Y hacia aquellas promesas con tanta sinceridad, con tanto entusiasmo...

.....  
¡Cómo gusta siempre la vida de sorprendernos! Ayer paseando con él—que es antiguo amigo mío—después de mucho tiempo de cerrado aquel luminoso paréntesis que se abrió en las umbrías del bosque aquella tarde memorable, noté que repentinamente se turbó y antes de que yo le hablara, me dijo levemente emocionado; ¡Es ella!—Miré y efectivamente ella era.

Pero ya es tarde; tu lo sabes—me dijo mi amigo adivinando mis pensamientos. Al enfrentarnos me pareció intuir en la triste y melancólica mirada que se cambiaron estos sentimientos.

¡Si yo hubiera hablado aquel día!

¿Por qué no lloré entonces?...

Y ya no espera ella... no tiene derecho a esperar. La vida, con ser tan bella y hermosa, tiene también amargos desencantos.

EL PEREGRINO.